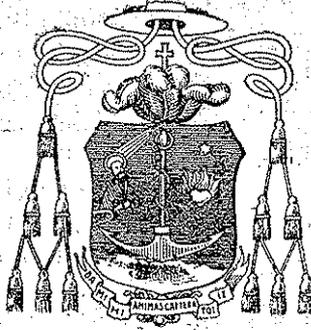


BOLETIN ECLESIASTICO

ORGANO OFICIAL
DEL
VICARIATO APOSTOLICO DE MÀGALLANES
CHILE



PUNTA ARENAS
ESCUELA TIPOGRÀFICA SALESIANA
Calle Sarmiento 630

1921

do en el
a humilde
a perenne.
a las mil
La reco-
a profu-

para
a un
il
ver-
e
reche
rante
andé
- la

primere
giovani e
o, che deve
vedimenti.
cui, come
altre circo-
ssa natura,
e di tutti,



Rmo. Sr. D. Pablo Albera Dellacqua

* Nono 6-VI-1845 — † Turín 29-X-1921.

Dignísimo Sucesor del Ven. D. Bosco y de Don Rúa
gob̄rnó la Congregación Salesiana por 11 años, dos meses y 13 días.

Pax Christi!

Tend:é siempre a Dios en vista,
Jesucristo cual modelo,
ia Auxiliadora en ayuda
y a mi mismo en sacrificio.

(Versos de D. Albera)

IX.

El Rmo. Sr. Pablo Albera y su Misión

*(Oración del limo. Sr. Aguilera en los funerales de trigésima,
Martes 29 XI-1921, Matriz de Punta Arenas).*

Vestra laus est novisse tempora quid postulent,
Mérito vuestro es conocer las exigencias de los
tiempos. (Autógrafo de S. S. Benedicto XV al
Rmo. D. Pablo Albera, el 10. de Marzo de 1917).

INTRODUCCION

Señor Gobernador, Señores, amados hermanos: al tener que hablaros del Rmo. S. Don Pablo Albera, que hoy precisamente hace un mes falleció en Turín, debo hablaros del Rector Mayor de la Congregación Salesiana del Venerable Don Bosco, porque, si al desaparecer don Albera de la vida se ha consternado el mundo como a la muerte de un presidente, rey o pontífice, es sin duda alguna porque los Salesianos han perdido en él a su Tercer General y dignísimo Sucesor del Venerable Don Bosco y de Don Miguel Rúa.

Es, pues, La Congregación Salesiana la razón última de la grandeza del dolor y de las solemnidades fúnebres que han acompañado y siguen el deceso del Rmo. Sr. Don Pablo Albera.

Ver cómo la Providencia lo dispuso para el Generalato y apreciar su actuación de General de los Salesianos, será comprender al hombre cuya muerte deploramos y tributarle el más cumplido y justiciero elogio, junto a este catafalco en que tan a las claras se percibe la vanidad y pequeñez de todo lo que no es Dios o a Dios no se refiere.

El mérito propio y especial de la Sociedad Salesiana y de sus dirigentes es el conocer las exigencias de los tiempos que corren, ha dicho genialmente S. S. Benedicto XV, y lo que Dios mediante os voy a decir, Señores, espero no será sino un humilde comentario de tan elevado como honroso juicio del Supremo Jerarca de la Iglesia Católica.

DESARROLLO

Los tiempos que corren se caracterizan sobre todo por el materialismo de la vida.

El libre examen que engendró lógicamente el racionalismo y la revolución en el orden religioso y científico, ha llegado, porque tenía que llegar, al orden económico y político de los pueblos.

Tiempos son éstos de materialismo; pues, los Salesianos han nacido para espiritualizarlos.

El Venerable Don Bosco después de 30 años de trabajo dejaba la Congregación con 64 casas y 1035 Salesianos; Don Rúa quintuplicó las casas y cuadruplicó el personal, pues en los 22 años de su Generalato la congregación llegó a contar con 202 casas y 4470 socios.

Con razón decía el Cardenal Pedro Maffi refiriéndose a la Obra de Dios por Don Bosco y Don Rúa: "ha florecido como la palma y se multiplicó como el cedro del líbano".

La Obra Salesiana cubre la tierra y, aunque mínima e impotente, goza de las simpatías del pueblo, de los gobiernos y de los Papas, porque todos ven en ella una admirable adaptabilidad a las exigencias de los tiempos.

Tiene misiones para infieles, talleres para artesanos, granjas para agrarios, colegios para empleados de comercio, oratorios, parroquia, imprentas, librerías, etc. etc. Toda actividad conducente a la salvación de las almas por el reinado de Dios entra en el programa salesiano.

Este es, Señores, el escenario para el que Don Albera fué predestinado y en que actuó con perfecta correspondencia a sus altos destinos.

Tres en uno.

Si el juicio no me engaña, Don Bosco fundó la Obra Salesiana, Don Rúa la difundió y Don Albera la consolidó.

¡Admirable trinidad salesiana!

No se ve más que un solo Espíritu; pero, se manifiesta en tres distintas personas que se caracterizan por el poder que crea, la sabiduría que dilata y el amor que une.

Congratulándose S. S. Pío X con don Albera por su reciente elevación al Generalato le deseaba que pudiera corresponder dignamente a la ardua misión siguiendo las huellas gloriosas de sus grandes predecesores Don Bosco y Don Rúa que con celo y santidad admirables dieron a la benemérita Sociedad Salesiana vida e incremento, para gloria de Dios y ventaja civil, religiosa y moral de la juventud.

Muchos otros ilustres personajes coincidieron en el mismo feliz augurio.

Y ha sido fama que Don Albera llenó su misión a la altura de Don Rúa y de Don Bosco, y en esto está su verdadero mérito y su gloria perenne.

La creación en que resplandece el poder y la sabiduría de las dos primeras personas divinas, no habría sido perfecta sin la obra de la ornamentación que se atribuye a Espíritu Santo.

Previsión de Don Bosco.

Nueve años más tarde conversaba Don Bosco con el mismo Sr. Obispo Ferré en el Colegio "San Carlos" de Borgo San Martino y le contaba las luchas de su discípulo amado por mantenerse fiel.

—¿Y venció Albera? preguntó el Ilmo. Sr. Ferré.

Y Don Bosco contestó.

—Don Albera, no sólo superó esas dificultades, sino que superará otras todavía y será mi segundo...

No terminó en voz clara la frase, sino que pasándose la mano por la frente como absorto en una visión lejana, prosiguió:

—¡Oh, sí! Don Albera nos ayudará mucho.

Hallábase presente a la conversación un joven de 20 años que después fué salesiano y llegó a ser y es dignísimo Prefecto General de la Congregación, Don Felipe Rinaldi. Antes que muiera don Rúa escribió Don Rinaldi una relación del hecho y la entregó al biógrafo de Don Bosco, el presbítero Lemoine.

Cuando el 16 de Agosto de 1910 Don Albera fué elegido *segundo sucesor de Don Bosco*, el enigma quedó resuelto.

El Venerable tuvo conocimiento de los destinos futuros de Don Albera, y es de suponer que no dejó nada por intentar para formarlo a su imagen y semejanza.

Director, Inspector y Catequista General.

El año 1871, después de tener su voto favorable a la fundación del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, le mandó a regir el hospicio de San Pier d'Arena en Génova.

Diez años más tarde le nombró Inspector de los Salesianos en Francia, cargo en que duró once hasta 1892.

Don Bosco no acertaba a pasar mucho tiempo sin ver a Don Albera, y hasta 1886 iba él en persona a verle en los primeros meses de cada año.

Cuando sus achaques no le permitían ya viajar, él mismo le pagaba el viaje para que Don Albera le visitara cada dos meses.

Y el 28 de Enero de 1888 dos días antes de morir, le llamaba con insistencia lamentando no poderle decir tantas otras cosas que aun tenía reservadas para él.

Por su parte Don Albera en su cariño hacía Don Bosco llegar a copiarle tan al vivo que los franceses solían llamarle «el pequeño don Bosco».

En su estadía en Francia Don Albera pudo, relacionándose con los Sres. Obispos y otras personalidades del clero, enriquecer su alma de un tesoro ascético y místico que tanto debía servirle en su cargo de adaptar la Congregación Salesiana a las exigencias de los tiempos, que son las de espiritualizar todas las órdenes de la vida social, en modo particular la juventud obrera.

He aquí, Señores, el secreto de Don Albera; desaparecer ante Don Bosco.

Podría siquiera pensar en sus propios esfuerzos; pero, no lo hace. Y así piensa que la actividad de sus hermanos es para someterla como pedestal a la grandeza de Don Bosco.

Este mismo fué el programa de Don Rúa.

Así se ha conseguido la unidad en la trinidad salesiana y la Congregación ha salido de sus manos al gusto de Dios, adaptada a las exigencias de los tiempos y prueba palmaria de la vitalidad de la Iglesia Católica.

¡Bendito el hombre que por 18 años sirvió de contacto entre Dios y la Congregación Salesiana!

Rector Mayor.

¿Cómo Podía, pues, ser otro el parecer de los capitulares que el 15 de Agosto de 1910 se reunieron para designar el sucesor de Don Rúa muerto el 6 de Junio anterior?

Once minutos de votación y escrutinios fueron necesarios para que se proclamara a Don Albera Rector Mayor de los Salesianos.

Su designación fué acogida con aplauso general dentro y fuera de la Congregación.

Sólo don Albera lloraba y se retraía, porque siempre son así los varones de Dios: nada para sí y ante el mundo, porque el creador necesita la nada para poblarla de bellezas y armonías y no de las enhiestas cumbres de la vanidad proterva.

Describir la obra de Don Albera como General es como indicaros un cielo glorioso de luz y de astros; es como entrar en un jardín de primavera.

Once años fué Rector mayor.

Desde un principio viaja de Turín a Roma y a todo Italia, de Italia a Austria y Polonia, de Francia a España e Inglaterra y en todas partes suscita entusiasmo de vida salesiana.

Bajo su gobierno se han adelantado las causas de beatificación y canonización del Ven. D. Bosco, de Domingo Savio, de Andrés Beltrami, de Sor Dominga Mazzarello y del príncipe Czartorski. Este es para un instituto religioso el más hermoso adorno.

La Santa Sede, complacida de la Obra Salesiana la ha colmado de favores: le dió un cardenal en el hijo predilecto de Don Bosco el Emo. Juan Cagliero; le confió la internunciatura de Centro América, los vicariatos de Magallanes y la China, las prefecturas de Río Negro en el Brasil y de la India; elevó el episcopado Salesiano a doce miembros; concedió el título de basílica a las Iglesias de María Auxiliadora en Turín y del Sdo. Corazón de Roma, etc.

Los Congresos catequísticos, de los Oratorios Festivos, de Cooperadores y de Exalumnos se han ido sucediendo sin interrupción y con admirable pujanza de espíritu.

de Limón, Visitó las Repúblicas de Nicaragua, Salvador y Honduras, renovando en las dos últimas las relaciones diplomáticas con la Santa Sede. Creó los seminarios centrales de Nicaragua y San Salvador. Consagró el nuevo arzobispo de Costarrica, acompañó a Mons. Monester a tomar posesión de la diócesis de Aláguela, nombró un Administrador Apostólico de Limón, y también en vísperas de su vuelta a Europa consagró el arzobispo de Guatemala.

—Al darse cuenta la Santa Sede del peligro que corría la vida del Excmo. Sr. Marengo en Costarrica, le ofreció cambio o receso. Mas, el abnegado Salesiano contestaba: «Me cuidaré mejor, « y procuraré cambiar de residencia como los médicos me aconsejan. En cuanto a un cambio, poco me ayudaría si se tratara « de Colombia, Venezuela, Perú y Bolivia cuyas capitales siendo « elevadas no tienen presión atmosférica regular. En Centro Amé- « rica, por otra parte, conozco cosas y personas con gran facilidad « de los negocios, lo que en otro lugar debería hacer un nuevo « noviciado». Los médicos, sin embargo, no pudieron a menos de decirle que pidiese siquiera un año de descanso. Así lo hizo y la Santa Sede le contestó telegráficamente consintiendo.

—Recibido el Santo Viático, manifestó que nada más deseaba que prepararse a bien morir y que estaba tranquilo porque no tenía remordimiento alguno siendo que siempre se había empeñado en cumplir su deber en la mejor forma posible. ¡Qué palabras tan admirables en un agonizante!

—Su retrato moral nos lo dejó de mano maestra el Sr. D. Rúa: «Lo que en D. Marengo arrastra es la bondad del corazón y « la finura del trato. Su palabra, mirada y porte, toda su persona, « cuantos le conocen, pueden atestiguar que él tiene un corazón « bueno, tan bueno que imita muy de cerca al Venerable Don « Bosco, de quien se gloria de ser hijo predilecto.» ¡Siempre el amor santo y la dulzura! Amar y ser manso, esto es ser salesiano.

3.º

Fallecimiento del Rmo. Sr. D. Albera

29-X-1921

I.

CRÓNICA DE MAGALLANES

Impresión General

La muerte de los santos es gloriosa, dice la Sagrada Escritura y podemos decir que el dicho se verificó a la letra en Magallanes con ocasión del fallecimiento del Rmo. Sr. D. Pablo Albera de f. m.

3)—Fijar el día 29 del próximo Noviembre para las Honras de Trigesima que consistirán en un Homenaje por «La Unión» y un Pontifical con Oración Fúnebre a cargo del Ilmo. Sr. Vicario Apostólico.

4)—Invitar a la Misa Pontifical de Requiem a las Autoridades, Funcionarios, Amigos, Corporaciones y Colegios de la ciudad.

5)—Determinar el servicio del Pontifical en la forma siguiente:

Maestro de Ceremonias . . . P. Oscar Fuenzalida.

Introduccion de Invitados P. Juan Bernabé

Presbitero Asistente . . . P. Luis Costamagna.

Diácono de Misa P. Juan B. Castellari

Subdiácono de Misa . . . P. José Savarino

Diácono del Trono P. Luis A. Rojas.

Subdiácono del Trono . . P. José Ré

Organista P. Augusto Meltzer.

Pequeño Clero Los niños del Instituto V. D. Bosco.

6)—Suspender por 30 días las fiestas sociales que no resulten de la marcha misma de la Obra o del Ministerio, y la participación a todo acto oficial o privado que no esté de acuerdo con el más riguroso luto.

7)—Designar al P. Luis A. Rojas para que por medio de un telefonema a Natales dé la noticia al P. Juan M. Aliberti.

8)—Constituir una «Comisión Ejecutiva y de Gastos» con los PP. don Luis Costamagna, don Juan B. Castellari y don Juan Bernabé.

9)—Aprobar que concurrirán por partes iguales a cubrir los gastos que impliquen salida en efectivo y no simple trabajo, uso o consumo, la Vicaría Apostólica y las Direcciones de los Colegios de la Obra del V. D. Bosco en Punta Arenas.

Réstame rogar que se lea la presente en las Comunidades.

Os acompaña en el dolor y en la plegaria vuestro afectísimo hermano en el V. D. Bosco.

† ABRAHÁN AGUILERA
Vicario Apostólico de Magallanes

Por mandado de S. S. Ilma.—*J. B. Torres*, Secretario.

Aviso a las Autoridades, Funcionarios y Amigos

Al mismo tiempo se repartió esta tarjeta:

† ABRAHÁN AGUILERA, Vicario Apostólico de Magallanes e Islas Malvinas y Obispo titular de Iso, cumple el triste deber de anunciar a Ud. en nombre propio y en el de todas las Comunidades Religiosas de la Obra del Venerable Don Juan Bosco del Territorio, el fallecimiento del General o Rector Mayor Rmo. Sr. D. PABLO ALBERA (q. e. p. d.) en Turín de Italia el 29 de los corrientes.

Dietert, don Mateo Paravich G., don Natalio Foretich, doña Amalia M. de Viola, don Novino Trucco, doña Rosario F. de Kaamenz, don Miguel Barrientos Chávez, doña Clara F. v. de Muñiz, don Gisberto Tonini, don Darío Zenteno, don Guido Bianco, don Serafín Bianco, doña Natalia B. de Rakela, don Rafael Hernández R., don José Caffarena, don Alejo 2º. Marcou, doña Susana M. de Burr, don Nicanor Molinare, don Nicanor 2º. Molinare, don Julio Trucios Jarpa, doña Julia C. de Sardiña, don Antonio Yerkovich, el Directorio de las Damas de María Auxiliadora, de la Liga de Damas Católicas, de la Federación Católica de Ayuda Mutua y Previsión Social de Magallanes, etc, etc.

Hicieron visita personal, además de algunos de los ya nombrados: Sr. Eugenio Rabaglio, Sr. Francisco Batistich, Sr. Cayetano Reineri, Sr. Benedicto Guerrero, etc., etc.

Sufragios reglamentarios

Durante el mes de Noviembre fué un continuo sucederse de sufragios en nuestras Iglesias y Capillas, distribuidos de modo que cada semana había a lo menos un funeral solemne.

Tenemos noticias de Natales y Porvenir.

“El Natales” de 9-XI dice así:

«Muy pocas veces se ha visto la Iglesia Parroquial tan concurrida como en la mañana del Lunes con motivo de los solemnes funerales celebrados por el Pbro. Pablo Albera, General de los Salesianos.

La Iglesia Parroquial con sus capillas laterales era pequeña para dar cabida a la gran cantidad de gente, entre la que se notaba lo más distinguido de nuestra sociedad natalina, el Colegio «José Fagnano» y la Escuela Municipal N.º 4.

A las 10, hora indicada, se dió principio al divino oficio y el Templo con sus numerosas luces y negros pendones adquirió un no se qué de majestuoso, que daba el tono más augusto y solemne al acto funerario.

En la puerta mayor de la Iglesia, enlutada con crespón aparecía un sencillo cuadro en el que figuraba el retrato del extinto.

Celebró la santa misa el Sr. Cura Párroco Juan Alibert, quien leyó también una sentida oración fúnebre.

A las 11,30 acabaron los funerales que han sido la prueba más acabada del aprecio que nuestra sociedad tiene de la Orden Salesiana».

De la Crónica de Porvenir:

«El Lunes 7 del presente se celebró en la iglesia parroquial de Porvenir, un sollemnísimo Funeral de Séptima por el descanso eterno del alma de D. Pablo Albera, Rector Mayor de la Pía Sociedad Salesiana, fallecido en Turín el 29 de Octubre próximo pasado,

Llegó a conmover el alma del pueblo al punto que se dió en llamarle cariñosa y respetuosamente de una muy agradable manera: «le petit Don Bosco».

Y decía bien el alma de Francia, al bautizar así al padre Albera. Era en verdad un pequeño Don Bosco o por mejor decir, un nuevo Don Bosco.

En nuestro país muchas personas lo recordarán, pues en 1901 visitó las casas salesianas. Y por ser un nuevo Don Bosco, en el capítulo general celebrado a raíz del llorado fallecimiento del primer sucesor de Don Bosco, don Rúa, se le eligió superior general de la Congregación. Con un tacto y un celo verdaderamente apostólico, con inteligencia y bondad, luciendo las esquisiteces de su celo y las características de un verdadero hombre de gobierno, dirigió los destinos de la Congregación con general respeto y contando con la adhesión y obediencia de sus hijos espirituales desparramados por el mundo.

Durante la guerra tuvo ocasión de minifestarse su sincero y ardoroso patriotismo en todas las horas y abrió los colegios y asilos de la congregación en toda Italia para recibir en ellos a los huérfanos de los soldados de la guerra.

Su extraordinaria labor no pudo pasar inadvertida y el rey Víctor Manuel le confirió la cruz de gran oficial de la Orden de los santos Lázaro y Mauricio, distinción merecida que aplaudió el mundo.

Siguiendo también en esto el espíritu de Don Bosco, fué un constante propagador de la obediencia y el amor a la autoridad augusta del pontificado.

Y cuando nadie lo esperaba, sorpréndese el mundo con la noticia de su muerte. A fuerza de amar, habíasele debilitado el corazón y se le escapó al cielo con premura y un tanto impensadamente.

Sus hijos lo lloran con sincero dolor y con cristiana resignación.

A las generales demostraciones de pesar que llegue al Ilmo. Sr. Aguilera y a la Congregación salesiana en general, la manifestación de nuestra condolencia renovada y cordial.

Para estos funerales circula la siguiente invitación:

† Abrahán Aguilera, Vicario Apostólico de Magallanes e Islas Malvinas y Obispo titular de Iso, tiene a honra invitar a Ud. en nombre propio y en el de todas las Comunidades Religiosas de la Obra del Venerable Don Juan Bosco en el Territorio, a las solemnes Honras Fúnebres de Trigesima que se llevarán a cabo en la Matriz o Iglesia Vicarial de esta ciudad, en sufragio del Rmo. Sr. Pbro. *D. Pablo Albera* el 29 de los corrientes a las 10,30 A. M.

Punta Arenas, 22 de Noviembre de 1921—Prot. 1052.

Descanse en paz el querido Superior, después de haber trabajado como siervo bueno y fiel. ¡Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor!

Sigamos las huellas de los varones santos, pues que somos progenie de santos y el que en la tierra de santos obrare la iniquidad no verá la gloria de Dios.

II.

Datos necrológicos de Turín

La Enfermedad.

Murió de un ataque cardíaco. El primer síntoma lo tuvo el 26 de Junio, y se restableció. Pero, la muerte de Mons. Costamagna (9-IX) y de Mons. Marengo (22-X), la despedida de los Misioneros (23-X) y el saludo de 40 estudiantes americanos, además de predisposiciones causadas por una larga vida de apostolado y de sacrificio y por la solicitud inmensa de la gran familia Salesiana, eran emociones demasiado fuertes para un anciano de 75 años y de temperamento tan dulce y piadoso.

¿Presentimientos?

El Lunes 24 de Octubre hallábase don Albera entre los que acompañaban el féretro de Mons. Marengo desde la Iglesia interna de S. Francisco de Sales a la de María Auxiliadora para las solemnes exequias. Alguien le dijo que el tiempo estaba muy frío para él, y contestó: *¡Gracias! Estoy algo mejor... Quiero yo también acompañar al querido Mons. Marengo...*

A los que con delicada atención le invitaban a viajar como en otros tiempos, respondía: *¡No! ¡No! ¿Creéis que todavía pueda vagar este viejito enfermizo?*

El día 27 hablando con D. Gusmano, su secretario de cámara, sobre Mons. Marengo y Mons. Costamagna decía moviendo tristemente la cabeza: *¿Quién de nosotros les seguirá primero?*

La última noche.

El 28 por la tarde, habló con el Rmo. Sr. D. Rinaldi acerca de los asuntos de la Pía Sociedad. A las 8 p. m. cenó con la comunidad y a la hora de costumbre se acostó sin novedad que llamara la atención Pero, no durmió. A las 4.15 se levantó para empezar el día como de costumbre celebrando la Santa Misa. Allí se sintió mal; acudió don Gusmano y le dijo (fueron sus últimas palabras):—

A las 2 p. m. se cerró definitivamente el ataúd en que se guardó un tubo de cristal que contenía un pergamino con esta inscripción: «En nombre de Dios. Amén.—Piedad de hijos compuso en esta urna los despojos llorados del Rmo. Sac. Pablo Albera, nacido en None el 6 de Junio de 1845, elegido Rector Mayor de la Pía Sociedad Salesiana el 16 de Agosto de 1910, muerto en el Oratorio Salesiano el 29 de Octubre de 1921, año VII del Pontificado de Benedicto XV y XXII del Reino de Víctor Manuel III de Saboya, durante el gobierno de la Arquidiócesis de Turin del Emo. Card. Richelmy.—Segundo Sucesor del Ven. D. Bosco, consolidó y amplió en el mundo la obra de sus predecesores, fundó nuevas misiones, se hizo padre adoptivo de innumerables huérfanos de la gran guerra, asistió a la apoteosis civil de su Venerable Patriarca en la inauguración del monumento y enlazó el propio al jubileo de María Auxiliadora».

Sepultación.

A las 3 salió del Oratorio la carroza fúnebre con don Albera y un acompañamiento de unos 20 coches o automóviles en dirección a Valsállice.

Allá en la Capilla del Seminario el Emo. Cagliari pronunció un discurso fúnebre y dió la absolución ritual.

En seguida lo sepultaron bajo de la Capilla del Ven. D. Bosco, a la izquierda, frente a la tumba de D. Rúa.

Valsállice es, pues, el panteón de los Salesianos. Yacen allí tres grandes: D. Bosco, D. Rúa y D. Albera.

Paz eterna a ellos, gloria a la Congregación y virtud a los sobrevivientes que siguen sus huellas al Paraíso.

III.

Don Albera en Magallanes

(De "El Boletín Salesiano" de Diciembre 1901 y Enero de 1902)

En Punta Arenas

¡Puntarenas! Llegamos de noche y al verla iluminada, olvidamos por un momento las molestias que el Yorkshire nos había causado durante el viaje. Este es un vapor inglés que desde Liverpool va a Valparaíso, aunque no pertenece a la Compañía Pacific Steam Navigation. El que debía hacer este viaje fué mandado por el Gobierno al Cabo de Buena Esperanza: la Compañía preparó otro pero con gran detrimento de los viajeros. Era el barco en cuestión una inmensa mole de ciento treinta metros de largo

cuánto costaron los primeros ladrillos? La fabulosa suma de trescientos pésetas el millar. Ya está casi terminada y sólo esperan a que venga Monseñor Jara a consagrarla. ¡Qué hermosa es! Tiene 46 metros de largo por 18 de ancho y está formada por tres naves, de estilo clásico, siendo toda ella obra de nuestros hermanos, habiendo sido muy pocos los de fuera que han intervenido. Don Bernabé fué el arquitecto y los Salesianos coadjutores hicieron de albañiles y carpinteros. Aun cuando no está consagrada todavía, Don Albera ha celebrado ya Misa en el Altar Mayor, asistiendo muchísimos fieles. Puntarenas no tiene otra iglesia, por lo cual la jurisdicción de D. Borgatello, que es su Párroco, se extiende a 195.000 kilómetros cuadrados. No hablaré de los recibimientos de que es objeto D. Albera ni de la alegría que experimentan nuestros hermanos: explicarán unos y otra el considerar que por encontrarse en la extremidad del Continente Americano, raras veces ven a un Superior. En 1892 estuvo Monseñor Cagliero quien no pudo verlos a todos. ¡Cuánto sienten esta especie de abandono! ¡Pobrecitos! Bien puede asegurarse que es uno de los mayores sacrificios que hacen.

En la Isla Dawson

El día 14 de Febrero salimos de Puntarenas. En el puerto nos esperaba un pequeño vapor en el cual puede decirse que hombres, animales y mercaderías iban todos confundidos, teniendo que librarnos de los alhagos de nuestros compañeros de viaje; a todo esto debe añadirse una espantosa borrasca que retrasó nuestro viaje más de ocho horas: el agua pasaba de un lado a otro del barco sin que hubiera medio de librarse. Después de 14 horas de sufrimientos entramos en la hermosa bahía de Harris y cerca de la plaza se halla la Casa de nuestra Misión de S. Rafael. Las olas llegan allí tranquilas, el ambiente templado y las colinas y bosques que rodean la Misión, presentan agradable aspecto: a lo lejos se divisa una enorme cruz aminorada por la distancia.

Al oír nuestros hermanos el silbido prolongado del vapor, sospecharon la realidad, esto es, nuestra llegada, notándose en el puerto mucha animación. En un momento se alzaron banderas por todas partes; los jóvenes, guiados por los salesianos, corrieron apresuradamente al muelle y los indios, abandonando sus trabajos, se lanzaron en pequeñas barcas para ir al encuentro del vapor, en una de las cuales iba el Sr. Director que se apresuró a besar la mano a D. Albera, saludándole en nombre de todos los hermanos, niños e indios. En el muelle los aplausos y vivas se acrecientan y todos con un afecto verdaderamente cordial, aunque en su lenguaje, repiten nombres muy agradables a todo Sa-

el domingo de carnaval, mientras el mundo civilizado, pululando por las calles, ultraja al Señor de todo lo creado. ¿No es éste un espectáculo que conmueve el corazón de todo buen cristiano?

Es cierto que el cementerio de esta isla guarda las cenizas de varios centenares de indios; pero todos han muerto como verdaderos cristianos, contándose de ellos cosas edificantísimas, pudiéndose tener casi certeza de su eterna salvación: esto consuela y dilata el corazón de nuestros hermanos que aman a los indios como lo haría el mejor padre. Esta desventurada raza parece que está destinada a perecer, tanto por la guerra que se le hace para destruirla, como por las enfermedades importadas por extranjeros, contribuyendo también mucho la pérdida de sangre que degenera en tisis.

La Tierra del Fuego.

Frente a la isla Dawson está la Tierra del Fuego: tres horas de navegación son suficientes para llegar a sus costas.

Monseñor Fagnano recuerda la insistencia de nuestro buen Padre al principio de las Misiones para que se instalasen lo más pronto posible las de Patagonia y Tierra del Fuego: Don Bosco conocía muy bien estos sitios, mereciendo una medalla de oro por la conferencia que tuvo en 1883 en el salón de la sociedad geográfica de Lión: D. Albera ha recordado muchas veces que el mismo fué a recibirla, acompañado de D. Barberis.

La gran isla de Tierra del Fuego está habitada por los Onas quienes probablemente descienden de los Patagones, pues hay entre unos y otros mucha semejanza por lo que respecta al aspecto físico y al idioma. Ni saben ni han sabido nunca navegar, lo cual hace suponer que empezaron a habitar la isla cuando ésta se hallaba aun unida al continente, esto es, antes que se formara el estrecho que los separa.

En la isla Dawson y cerca de las costas de las otras islas pequeñas del Archipiélago viven los indios Alacalufes, que conocen muy bien la navegación y se alimentan principalmente de la pesca. Su aspecto por regla general es triste y taciturno; los Onas al contrario son alegres y expansivos, y más altos que los Alacalufes.

Fué Monseñor Fagnano en 1886 el primero que entró en esta isla que tiene de extensión casi tanto terreno como Italia. Los gobiernos Chilenos y Argentinos han permitido que el lago más grande que hay en la Tierra del Fuego lleve el nombre de Fagnano en honor de su primer visitador.

Durante el viaje de Montevideo a Puntarenas, habiendo sabido algunos que íbamos a Tierra del Fuego, nos preguntaban con toda seriedad que si los fueguinos tenían un alma lo mismo que la nuestra, que si eran seres racionales etc., etc: en muchos dominan

blimes ejemplos, y se animan y preparan para practicar las más heroicas virtudes, e inflamándose en aquel fuego de amor que ardía en el pecho de D. Bosco, fuego que lo hizo apóstol de Turín, de Italia, de Europa y del mundo entero, procuran ser verdaderos hijos de tan imperecedero Padre.

No debiera concluir mi carta sin hablar del instrumento principal de que se ha servido la Divina Providencia para obrar aquí tantas maravillas, esto es, de Monseñor Fagnano; pero ¿quién puede decir las veces que en 26 años de Misionero ha puesto en peligro su vida por la salvación de las almas? ¿Quién podrá enumerar las privaciones que ha sufrido? Frío, calor, hambre, sed, encarcelamiento, naufragios de todo ha experimentado. Le han ocurrido los casos más raros y extraños que pueda imaginarse; pero siempre le ha circundado una paciencia y una caridad admirables. Donde la obediencia le ha mandado, allí ha ido, sin reparar en los peligros que pudieran surgir. La Argentina, Patagonia, Tierra del Fuego, Chile y Perú tienen de él recuerdos de infatigable apóstol. ¡Cuántos episodios me ha contado de su vida! Pero no puedo decirlos porque me lo prohibió absolutamente.

El 22 de Marzo estuvimos de vuelta en Montevideo.

Calógero Gusmano
Pbr. Salesiano.

IV.

Anécdotas

Completaremos estos gloriosos recuerdos con algunas anécdotas de la visita de D. Albera a Magallanes.

Cierto día de los que estuvo en Dawson paseaba el buen padre con un hermano coadjutor, acaso ocupados ambos en la cuenta de conciencia.

A la perspicacia de don Albera no escapó el que el hermano ese había olvidado el italiano y no había aprendido el castellano, de modo que su lenguaje era una mezcla de los dos.

Pues, a un punto el coadjutor le sale con ésta:

—Nosotros, señor, aquí tenemos *due moglie*.

Don Albera comprendió; pero el error era grave y había que corregirlo.

—¿Qué dices? le preguntó admirado.

El Hermano repitió:

—Noi, Señor, aquí teniamo *due moglie*.

Y don Albera:

—¡Paciencia, una; pero, dos no! Esto es contrario al Decálogo y algo más.

do e venerando vecchino—è stato citato, e continua ad essere ricordato dai giornali e dalle riviste di tutto il mondo. Siamo andati a vedere il paesino ruralissimo. E' ancora schiettamente piemontese, semplice e quieto. Arrivando a None si rivedono due altri paesini: quello piemontese di Don Bosco, quello veneto di Pio X... Tutti gli abitanti di None sono orgogliosi e fieri del loro grande compaesano. Ricordano l'apoteosi torinese, il dì dei funerali, la solenne commemorazione in Consiglio Comunale a Torino, la partecipazione al lutto del Papa, dei Principi, del Governo d'Italia, di tutti i Governi del mondo.

A None ci sono, ancora in questi giorni d'inverno primaverile ciuffi di verde ai davanzali delle finestrette. E sulle aje—tra i bimbi cicciosi e rossi in volto come tante mele—razzolano le galline. Arnesi agricoli di foggia antica sono dovunque, nei piccoli cortili, sulla via, sugli spiazzi. Siamo andati a None per discorrere un po' di Don Albera, per ricordarlo, per ricordare la sua fanciullezza colla gente della sua terra e del suo sangue.

Della nascita di questo figlio di contadini, che doveva essere il padre della grande famiglia salesiana, non c'è ricordo che nel registro parrocchiale. In una delle sue pagine ingiallite dal tempo sta scritto: «Albera Paolo, Sebastiano, Norberto; nato il sei giugno 1845; ore 6 di mattina; figlio di Giov. Battista Albera contadino e di Margherita Dellacqua; battezzato da Don Francesco Lanza; padrino Mela Domenico, sarto; madrina Preandi Cattarina, contadina. Firma del Parroco: Pietro Pecivolo, priore».

Paolo fu l'ultimo di sette figli: sei fratelli ed una sorella. La sorella, una pia e delicata creatura, vestì l'abito religioso delle Suore di S. Vincenzo, e morì giovanissima. Un fratello si fece francescano e prese il nome di Padre Telesforo; un altro fratello, Luigi, volle essere missionario, e partì per lontani paesi a predicare la parola di Cristo; tre altri fratelli rimasero nel paese a lavorare la terra ed ebbero famiglia. Paolo, l'ultimo, venne affidato fanciullo a Don Bosco. Quattro figli consacrati a Dio, tre alla terra. Magnifica famiglia cristiana e italiana.

I vecchi di None ricordano ancora il padre di Don Albera: robusto dal volto bruciato dal sole, le mani callose. Passava, ogni alba, dietro il carro tirato dai buoi. La domenica era puntuale alla chiesa e vi si recava coi figli. Quel padre contadino voleva che i suoi figli amassero Dio e la terra. Possedeva una quindicina di giornate che lavorava di sua mano, e Paolo Albera prima di andare da Don Bosco a Torino, teneva la corda ai buoi. I più anziani del paese ricordano anche la madre del gran benefattore cristiano. La brava massaia curava i figli e la stalla. Quando il padre partiva pei campi, la madre aveva già munto il latte, aveva già preparato il becchime alle galline e s'affrettava alla chiesa per la prima messa. Durante i grandi lavori, andava al campo col marito e coi fi-

alla calma della vita rurale, per essere indirizzato agli studi e al sacerdozio. Il piccolo Paolo sapeva chi era Don Bosco? Aveva la intuizione della sua vocazione, benchè appena tredicennie? Il piccolo Paolo non poteva capire e sapere queste cose, ma le conosceva Don Abrate il suo parroco, il suo primo direttore spirituale. E questi non dubitò un istante a prendersi la responsabilità dell'offerta di una giovane vita ad un'opera di bene già mirabile nei suoi inizi e che, in pochi anni, doveva espandersi al di là dei monti e del mari.

Don Abrate era entrato parroco in None, quattro anni dopo la nascita di Paolo Albera, e precisamente nel 1849. La parrocchia in quei tempi era ancora di nomina: il diritto di scelta del parroco spettava cioè alla famiglia patrizia, feudataria del luogo. None era feudo dei conti Piossasco di None, uno del nove rami della contea di Piossasco che in qualche ramo è viva tutt'ora, mentre in altri rami si è spenta. Quella dei Piossasco di Beinasco, per esempio, si è spenta col contino cieco ridottosi a girare pei borghi, e per la città piemontesi a cantarè versi dialettali, accompagnandosi alla chitarra. Nei paesi il ricordo di questo aristocratico mendicante è ancora vivo, e vive rimangono alcune sue canzoni. Il ramo Piossasco di None sopravvive ancora colla contessa Gabriella che abita l'avito castello di Piossasco, posto in una ridente collina, dominato dai ruderi del vecchio castello la cui storia sarebbe pur tanto interessante se la contessa Gabriella non fosse troppo gelosa della sua biblioteca. Don Abrate venne scelto parroco di None dal Conte di Piossasco, innamorato delle belle prediche che l'Abrate teneva in S. Francesco di Torino, dove era vicecurato. Fu parroco per oltre un trentennio, e di lui, in paese, oggi ancora, si parla con grande venerazione. Era il genio tutelare dei parrocchiani. Oratore elegante, mite e buono con tutti, si guadagnò presto la stima del suo gregge sul quale ebbe sino alla sua morte, il massimo ascendente. Dominava tutte le anime colla bontà: insegnava al sindaco ad amministrare colla stessa semplicità che insegnava il catechismo ai bambini.

Il parroco di None era intimo amico di Don Bosco: sapeva che Don Bosco cercava giovinetti sani e buoni e semplici per avviarli al sacerdozio, per prepararli all'opera grande di carità generosa ed espansiva. Il piccolo contadinello era cresciuto, aveva tredici anni, bisognava decidere: o lasciarlo alla terra di cui era figlio, od avviarlo verso il sacerdozio di cui Pablo Albera aveva un desiderio intenso. Don Abrate non dubitò, diede il figlio di contadini nelle mani di don Bosco perchè ne facesse un sacerdote di Dio. La missione del parroco di campagna era finita; cominciava quella di Don Bosco che, pochi anni dopo, nel giovane sacerdote Paolo Albera, indovinava il successore di Don Rua alla direzione del meraviglioso Istituto.